

Sectas: comulgar con ruedas de molino

Por MARCELIANO MIGUÉLEZ

Introducción teórica

Muy genéricamente, puede decirse que las sectas tratan de ocupar el lugar de las religiones tradicionales, a las que sustituyen en su *rol redentor*. Se distinguen de éstas por la práctica de un culto más espontáneo e íntimo (no tanto liturgias solemnes); dándose además en sus miembros una voluntariedad —¿...?— y una autoexigencia de "santidad" súbita, que no es frecuente en las religiones clásicas, donde tanto la militancia como la salvación vienen, en cierta forma, impuestas. Suelen estar también más alejadas del Estado, de los poderes y de la cultura dominante, a los que toman como enemigos que deben ser combatidos. Históricamente surgen siempre ante supuestos grandes signos (aprovechen algunos, que hay cambio de milenio), por decadencia social (real muchas veces, sí, pero no para necesitar redentores), por frustración socio-cultural, etc. Con ética paternalista y humanista, promueven valores como la no violencia, la paz, la felicidad, la gracia, la recuperación de la identidad y el reencuentro consigo mismo, el encuentro con el semejante; y así un sinfín de ellos. En definitiva, y de una manera u otra, aparecen para salvar el mundo.

Cabe distinguir dos tipos de sectas. Unas, cerradas, y a las que algunos llaman "destructivas" (como si todo grupo sectario no tuviese algo destructivo y aniquilador de la sociedad), se caracterizan por la obediencia ciega a un jefe idolatrado. Otras, denominadas abiertas y "no destructivas", están definidas por una relación horizontal (literal con frecuencia), donde el ideal de comunión es primordial, y donde cada uno es hermano para el otro. A la postre, todas cubren necesidades de afectividad, de autoestima, de disimulo de la irracionalidad y de redención desculpabilizadora.

Sujetos u objetos de redención

¿A quiénes redimen las sectas? Las Instituciones tradicionales, quizá por agotamiento del discurso, por desfase del mensaje o simplemente por representar lo socialmente aceptado, no pueden tener el rango de redentoras para alguien que cree ser distinto a la masa. Esta es una característica básica, pero se dan otras que completan el cuadro. Las sectas reclutan en medios psíquicamente frágiles (síndrome de carencia de autoridad, integrista religioso, educación asfixiante, invalidez de modelos), los cuales favorecen la aparición de individuos de «yo»

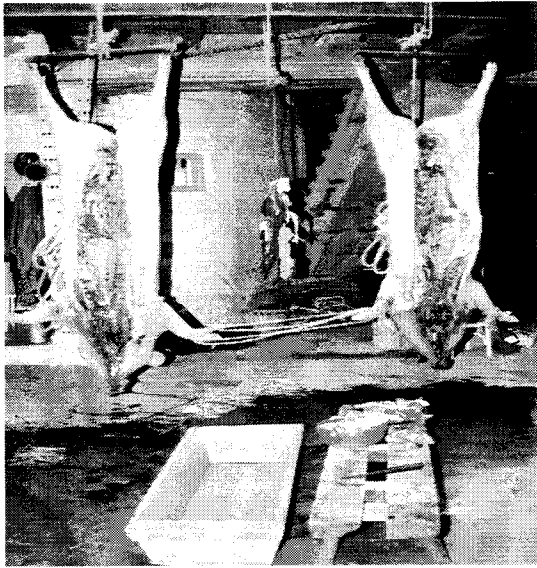
quebradizo y/o lábil, con estructura de personalidad endeble, hipersensibles muchas veces, con ínfimos niveles de autoestima que se compensan con las expectativas de ser distintos, altamente culpabilizados, con baja tolerancia a la frustración y, en fin, normalmente incapaces de establecer vínculos interpersonales firmes y seguros y sin competencia para superar autónomamente los conflictos y contradicciones de la vida. Estos rasgos, junto con la necesidad de adquirir responsabilidades sociales, hacen perentoria la afiliación a un grupo poco numeroso, de corte humano, personalizado y repersonalizante, que los valore, los desculpabilice y colme sus anhelos de sensualidad, de paz interior, de rebeldía, etc. Obviamente, estos grupos son las sectas.

Desocialización y resocialización

Los militantes de tales grupos son sujetos que, sin tener más lacras que cualquier otro ser humano, así no lo creen, y recurren a la que yo denomino "técnica del barnizado opaco"; esto es, ponerse muy bonitos por fuera, para no angustiarse y enterrar —vivo, por cierto— lo que antes no les gustaba de sus adentros. En otros términos, los miembros hipotecan su «yo» (algo parecido a vender el alma) y se diluyen en el grupo hasta la pérdida, a menudo severa, de autonomía, de yoidad, de individualidad, de actitud y aptitud para el análisis, la crítica y la autocrítica. Con técnicas de persuasión más o menos sofisticadas (no siempre son tan sofisticadas como se dice), instruyen a los adeptos para mostrar lealtad, para formar bloques y alianzas contra el sistema «perverso», para organizar grupos cohesionados

que antepongan siempre los valores conjuntivos a la individualidad; para —definitivamente— acabar con la persona como ser librepensante y autónomo. El condicionamiento continúa limitando las relaciones personales (separación de la familia, anulación de los contactos exteriores que no sean de reclutamiento organizado o de actividades para la supervivencia) y creando la sensación de *élite*, el sentimiento de que sólo ellos conocen el modo de salvar el mundo, de que son la vanguardia y asisten a un mesías, y otras músicas semejantes. Se ubican en pisos donde ocurre de manera muy especial el proceso *desocializador* y *resocializador*, es decir, sacar a un sujeto de su sociedad natural y sumergirlo en otra que lo «regenera» y «purifica». Se relacionan bajo excusas diversas como el amor universal, el flujo de los sentidos, la experiencia interna, la opción válida, etc.: de forma tal, que está bien lo que antes era malo. Y aquí se perfila un modo curioso de disociar, que algunos designan «síndrome disociativo atípico», al que se llega a través de lo que el Dr. Miller (Berkeley) llama «*trance inductivo*». De una verdad antes universal (por ejemplo, la promiscuidad no es buena), se llega a una muy particular (por ejemplo, ahora es buena porque supone una «experiencia interna», o el «flujo de los sentidos»). Se traducen reacciones personales a códigos

... sacar a un sujeto de su sociedad natural
y sumergirlo en otra que lo «regenera» y
«purifica»



Que su alma descanse en nuestros cuerpos

sectarios (las colectas se justifican como «acciones válidas»). Como dice el Dr. Miller, cada uno se encierra de modo «quasi» esquizofrénico en experiencias particulares y pierde el contacto con el mundo real, dándose una inadecuación de las relaciones del sujeto con su entorno.

A medida que se asciende por la estructura piramidal, se gana autonomía en el grupo, pero se pierde para poder salir de él. Las presiones son cada vez mayores. Hay un mejor conocimiento entre sus miembros, por tanto, más fácil resulta el chantaje y la manipulación con sentimientos de culpabilidad por la huida. Las amenazas son frecuentes y fomentan el temor (terror, a veces) a lavenganza. Cuando el adepto ha llegado a estos niveles, el grado de incondicionalidad al grupo es ya rayano al fanatismo. La capacidad para desarrollar y ejercer mecanismos de defensa ante el mismo ha desaparecido, se restringe la atención crítica y se anula la autocritica (algunas sectas hablan de ellas, pero desenfocadas o tendenciosamente enfocadas), existe un sacrosanto horror al cuestionamiento de sus concepciones (sería como desnudarlos) y aumenta la sugestionabilidad hasta llegar a un estado de exaltación expiritual tal, que altera la conciencia y lleva a la sumisión automática a los dirigentes. Una persona acaba siendo incapaz de irse por sí misma de una secta, si no es con ayuda psicológica que trate la reintegración normalizada al medio natural. Porque, cuanto más tiempo pase, no sólo la salida del grupo se hará más difícil, sino que la readaptación será más complicada; y ello debido a factores de carácter psicológico unos, tales como episodios que especialistas americanos denominan de «flotación» (lo del pulpo en un garaje), el «efecto pecera» (sentirse siempre observado); otros, de naturaleza socio-económica como, por ejemplo, las desfavorables condiciones del mercado laboral. Y es que, según opinaba un desprogramado informador «la libertad es bonita, pero trae un montón de trabajo».

Arabia; los árabes. Cristianos y Santiago de Compostela.

Por LORENZA FERNÁNDEZ.

Arabia es una península con abundantes desiertos. Está al suroeste de Asia y sus habitantes no había manera de controlarlos bajo un jefe. En el aspecto religioso creían en un solo dios llamado Alá y parte de ellos rendían culto a multitud de ídolos.

En una de sus ciudades llamada La Meca había un templo llamado. La Caaba donde se guardaba una piedra negra que decían ellos había caído del cielo. Todos los años al llegar una época determinada, los árabes olvidaban sus rencillas y acudían a La Meca para adorar a la Piedra Santa. Con esta ocasión celebraban grandes mercados, concursos, leyendas, cuentos y poesía. Los poetas de cada tribu aprovechaban la ocasión para hacer resaltar las hazañas de los guerreros ante su enemigo. Los mejores versos eran grabados en las paredes de La Caaba y el poeta que merecía su distinción adquiriría tal importancia que era nombrado jefe de la tribu.

Así era Arabia y así vivían los árabes: pero un día apareció entre ellos un alucinado, llamado Mahoma, que les predicó una nueva religión y todo cambió; fanatizados por su predicación olvidaban sus rencillas y comenzaron la guerra santa contra los que llamaban infieles.

Mahoma era hijo de un sacerdote de La Caaba, era huérfano y desde muy joven se dedicó a conducir caravanas por el desierto al servicio de una rica viuda. Enamoróse la viuda de él permitiéndole el matrimonio vivir sin agobios y entregarse a una vida contemplativa y de meditación. Con el fin de entregarse mejor a su meditación se retiró al desierto y en una cueva permaneció varios meses. En ella creyó sentir varias veces la voz del Arcángel San Gabriel diciéndole: «¡Predica, predica!» Mas él no sabía qué predicar. Entonces dice que el Arcángel le mostró un libro de seda donde estaba escrita la doctrina del Dios Verdadero que se llamaba El Corán.

Henchido de satisfacción corrió a su casa y no tardó en convertir a sus familiares. Luego predicó por calles y plazas de su ciudad, pero sus paisanos no le hacían caso burlándose de él, amenazándole de muerte. Para librarse de ellos tuvo que escapar de noche a otra ciudad llamada Medina. En ella fue recibido con mucho triunfo y poco después la mayoría de las tribus se pusieron de su parte. Las que no lo hicieron fueron vencidas y Mahoma fue convertido en dueño y señor de los árabes. Sus predicaciones, recogidas por uno de sus discípulos en el libro llamado El Corán, mandan rezar cinco veces al día, lavarse con agua o arena, dar limosnas, no beber vino ni cometer malas acciones e ir una vez en la vida en peregrinación a La Meca.

Su vida fue ejemplar. Caritativo con todos, solía decir: «La oración lleva hasta los muros del cielo, pero la limosna abre sus puertas». Para propagar sus doctrinas predicó la

Guerra Santa prometiéndole el paraíso a los que murieran en ella. Murió en Medina el año 532 de nuestra Era.

Los árabes trajeron a España muchos tesoros de la ciencia oriental; a ellos se atribuye la invención de la farmacia y del sistema de numeración que nosotros empleamos. Los árabes sobresalieron artísticamente solamente en arquitectura dejándonos monumentos como la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada y la Giralda de Sevilla. La pintura y la escultura apenas la cultivaban, porque su religión le prohíbe el uso de imágenes. □

Seguendo la historia de los árabes me encontré con una biografía muy curiosa de un hombre muy famoso llamado Almanzor, descendiente de los árabes. Pertenecía a una familia de la nobleza árabe de 2º grado: sus antepasados habían sido hombres de leyes y él, después de terminar sus estudios en la famosa universidad cordobesa, se estableció como abogado, muy cerca del palacio del califa.

Almanzor era orgulloso y altivo, su habilidad y osadía le habían permitido ocupar altos cargos en la sociedad durante el reinado de Alhaquén II, pero fue en tiempo del joven Hixén II cuando logró escalar los más altos puestos del califato. Apoyado por la madre del califa, Almanzor llegó a ser el verdadero dueño del poder y, después de haber demostrado sus admirables dotes de gobernante, se improvisó militar con tal fortuna que llegó a ser el más famoso de los guerreros árabes que hubo en España.

Su presencia física era perfecta, sus ademanes distinguidos y correctos. Era tan ambicioso y cruel que no se detenía ante nada ni ante nadie con tal de conseguir sus propósitos. De él se dice que era tan temido «que ni los caballos se atrevían a relinchar en su presencia». Era enemigo encarnizado de los cristianos. Cincuenta y dos campañas dirigió contra los cristianos españoles y contra los pueblos africanos, saliendo victorioso de todas ellas. Solía hacer dos cada año. Ante el peligro común, unieronse contra él León, Navarra y Castilla y al regresar lograron derrotarlo. Parecía tener el don de estar en todos los sitios a la vez; tal era la rapidez de sus movimientos.

En aquella época había dos famosas peregrinaciones; una de los árabes a La Meca y otra de los cristianos a Santiago de Compostela. Era más famosa la de La Meca y se sentía muy orgulloso, pero al correr de los tiempos la sobrepasó la de los cristianos a Santiago; esto lo llenó de tal odio y rabia que inició otra de sus correrías a la ciudad de Compostela saqueando todo lo que encontró. Entró en la Catedral y después de saquearla intentó profanar la pila del agua bendita mandando a sus súbditos que la llenaran de cebada para su caballo, el cual, al ir a comerla, reventó. Entonces huyó con sus tropas; pero los gallegos, enfurecidos, le prepararon una emboscada persiguiendo a sus tropas, refugiándose en una encrucijada causándole muchas bajas. Lleno de odio y rencor dio la batalla de Calatañazor, la cual perdió, destrozando el enemigo sus

barcos junto con sus hombres y donde él cayó herido. De ahí el famoso dicho de «en la batalla de Calatañazor, Almanzor perdió el tambor». Triste, herido y avergonzado se dirigió a su castillo de Medinaceli, donde murió. □

Como mucha gente del pueblo ha ido a Santiago, habrán tenido ocasión de aprender muchas cosas que quizá yo ignore, pero alguna habrá que yo por mi propia cuenta he aprendido.

Pues bien, hace 35 años yo, por motivos personales, fui a Santiago, donde permanecí durante tres días, en los cuales tuve tiempo de visitar la ciudad en compañía de un funcionario del estado. Recorrí buena parte de la ciudad en la que me contaba grandes maravillas de ella y que en este escrito voy a narrar junto con lo que yo he estudiado.

En la Catedral entré yo sola pues este señor tenía que ir a su trabajo. En la Catedral había un grupo de gente con un guía pagado que yo seguía de cerca escuchando sus explicaciones, de las que logré recoger algunas cosas como éstas: El botafumeiro que había antiguamente era de oro y fue robado por unos ladrones y sustituido por otro de plata que también fue cambiado por otro de bronce. Era puesto en marcha por medio de doce maromas y se necesitaban doce hombres para maniobrarlo. Hoy creo funciona automáticamente. El Pórtico de la Gloria tiene una puerta que sólo se abre el día de la fiesta del Apóstol Santiago o en determinadas ocasiones que es visitada por el Rey o por algún alto personaje.

Allí está Santiago enterrado en una urna de cristal; pero veremos cómo llegó allí:

Cuenta la historia que Santiago el Mayor vino a tierras de «Finis Terræ». Ante el poco eco que alcanzaba su apostolado decidió volver a Palestina donde fue decapitado por Herodes Agripa en el año 44. Sus discípulos Atanasio y Teodoro transportaron sus restos por mar hasta Iria Flavia, remontando en barco el río Ulla desde Villagarcía de Arosa hasta Pontecesures, de allí a lo que con el tiempo se convertiría en Santiago de Compostela. Sus discípulos enterraron sus restos en un arca y levantaron un altar que se perdió en los laberintos de la memoria hasta nueve siglos después. El eremita Pelayo y Teodomiro, obispo de la localidad, una noche se vieron sorprendidos cuando en los cielos divisaron una estrella y unos ángeles que marcaban el lugar de los restos. Informado del hallazgo, el rey Alfonso II de Asturias, conocido como el Casto, acudió al lugar y proclamó a Santiago el Mayor patrono del reino, edificando allí un santuario que más tarde llegaría a ser catedral.

La ciudad se convirtió en lugar de peregrinación de toda la cristiandad y tuvo su apogeo en los siglos XI y XII con la declaración de la Ciudad Santa por los papas Calisto II y Alejandro III. Por estas leyendas se cree que esta Catedral está hecha del siglo XI, aunque ha tenido varias reformas.

Bertrand Russell

La convicción de que la moda, por sí sola, debe dominar la opinión, posee grandes ventajas: hace innecesario el pensamiento y pone la más alta inteligencia al alcance de cualquiera

